

# Erika

¡Arriba, arriba, Erika! Ya es viernes. Si no te levantas no vendes. ¡Vamos! Me decía a mí misma mientras estaba sentada en la orilla de la cama. Me daba ánimos para ir a la cocina y preparar los tacos. Era más tarde que de costumbre. Eran las cinco y media de la mañana. No iba a dar tiempo. ¿Y si no vendemos? No. Si no vendemos no voy a tener dinero para el fin de semana, pensé.

¡Déjate de cosas Erika y apúrate! Me insistí sola. Ya en la cocina seguí sin tener ganas de hacer nada, pero seguía. Hice solo un canasto de tacos para que me diera tiempo y porque un día antes mi marido me dijo que en Caleta lo asaltaron, así que un canasto bastaba para venderlo en Mina. A Caleta ya no quería ir, ni poner en peligro a mi esposo ni a mi hijo que eran los que vendían en esa zona.

Mientras preparaba los tacos, todos seguían dormidos. Mi marido suele levantarse tarde, como a las seis y media, aunque yo ande en chinga. Ya para esa hora había despedido a don Roge que me traía la tortilla.

Me sentía demasiado estresada y cansada, no nada más del trabajo, sino de los problemas de la casa, de las peleas con mi marido. Me daba igual que se vendiera o no. Quería seguir dormida, pero seguí y

entonces le fui a hablar al Chamaco para que se parara y me ayudara a terminar. El Chamaco, así le decía de cariño a mi hijo Christopher.

¡Christopher, Christopher! ¡Ya levántate para que me ayudes! Él seguía durmiendo, boca abajo. Medio entreabrió los ojos, me miró, movió su cabeza, me dijo que sí, que se iba a levantar, pero yo noté que tenía mucho sueño y no le insistí. Lo dejé dormir porque sabía que estaba muy cansado por el fútbol del día anterior.

Terminé los tacos junto a mi marido a las siete y media de la mañana. Hacer tacos de canasta es muy complicado porque se tienen que hacer de uno a uno, pero terminamos entre los dos y yo fui a cambiarme para irme a venderlos.

Para cuando bajé las escaleras apagué la luz de la casa y alcancé a ver a Christopher parado en la puerta de su cuarto. Solo tenía puesto su bóxer negro y me preguntó todo somnoliento si ya me iba. Le dije que sí y salí a la calle para subirme al carro con mi marido. Volví la cara hacia la casa, vi a mi hijo asomándose a la ventana de su cuarto. Nos dijimos adiós con la mano.

Nos fuimos a vender a la calle Mina y el día para mí comenzó justo cuando mi marido se regresó a la casa y yo me quedé vendiendo con la fe puesta en dios, al lado de Daniela, la muchacha que me ayudaba.

A las ocho veintitrés de la mañana escuché mi teléfono y vi que era mi hijo. Le contesté rápido: ¿Bueno; qué pasó? Le dije. Ma, ¿dónde estás? me preguntó. Le respondí que en Mina, ¿Por qué; y mi papá? Le respondí que, en la casa, que eso creía, ¿por qué? Insistí. Es que lo vine a buscar. ¿A dónde? A Caleta, me dijo. ¡No, hoy no vendió! ¿Para qué fuiste? Me respondió nada más con un mmm y luego me reprochó que no le dije. ¡Estabas dormido, por eso ya no te dije nada! ¡Vente para acá, yo estoy en Mina! Me dijo que sí, que sale. Sale pues, le dije y colgamos. Esa era su forma de decirme que ya venía y me quedé confiada de que iba a ser así. Pero pasó media hora y nada. Este chamaco no viene, ¿a dónde se habrá ido? A lo mejor viene caminando porque no le dejé dinero. Ya vendrá. Y me concentré en vender hasta que pasó otro rato y él seguía sin aparecer. ¡Pásele, hay tacos de canasta! ¿Por dónde se habrá ido o a dónde fue? Me seguía preguntando. ¿Ya no vino? A lo mejor se fue a la casa a seguir durmiendo. Pero no me dijo nada, ni me avisó y él no es así, me hubiera llamado. Entonces le marqué a ver dónde estaba. Pero me mandó a buzón.

Entonces me metí a Whatsapp y vi que había estado conectado unos minutos antes. Le escribí un mensaje: ¿A dónde te fuiste, niño?

Te estoy marcando. Vi que el mensaje salió pero que él no lo vio. Y así otros diez minutos. Le volví a marcar y nada. Me metí a Messenger de Facebook, y busqué a ver si estaba conectado porque siempre solía estar activo. Nunca se desconectaba, y nunca se iba a ningún lado sin avisarme. Por eso empecé a angustiarme, no me gustaba que no me respondiera por ningún lado.

Para ese momento no sabía yo si seguir vendiendo o irme. Empecé a hacerme muchas suposiciones: Tal vez está con Evelyn, su novia. Pero no me avisó. O tal vez se fue a donde mi mamá o mi hermana. O a lo mejor se fue con mi cuñada. O está con Yoni, su mejor amigo. O se fue a la cancha porque había partido. Así la cabeza dándome vueltas pensando dónde podría estar.

Continué llamándole y enviando mensajes: nueve diez, nueve veinte, nueve y treinta, nueve cuarenta, nueve cincuenta, las diez de la mañana. Nada. Así que llamé a todas las personas con las que pensaba que podría estar: Evelyn, Yoni, otros amigos del fútbol que era su pasión. Nada.

Diez, diez y diez, diez y veinte, diez y treinta, diez cuarenta. Así cada diez minutos. Y luego cada cinco. Sentí que enloquecía. Tenía un nudo en la garganta y muchas ganas de llorar.

Daniela se estaba encargando sola de la venta, yo ya no estaba concentrada porque mi necesidad de saber dónde estaba Christopher era más grande y ni me importaban los clientes. Luego, empecé a perder la noción del tiempo hasta que llamé a mi marido. -No sé la hora no recuerdo-, y le pregunté si Christopher estaba con él. Me dijo que estaba dormido y preguntó por qué. ¡Porque no lo encuentro desde la mañana, ya es tarde y no contesta el celular! Entonces me dijo que se iba a fijar si estaba en el cuarto y que me hablaba. Colgamos. Fueron pocos minutos lo que tardó, pero a mí se me hizo eterno y me dijo que no, que no estaba. ¿Para dónde se fue o a dónde te dijo que iba? Me preguntó. Es que me marcó diciéndome que estaba en Caleta, que te había ido a buscar y le dije que se viniera a Mina y me dijo que sí, pero no ha llegado. Mi esposo me dijo que seguro estaba por ahí con sus amigos y volvimos a colgar.

Yo no estaba tranquila y seguí marcándole y contactando a sus amigos porque yo pensaba que Christopher, mi hijo, no hacía eso. Eso le decía yo a Daniela que me escuchaba. Él nunca se va sin avisarme y nunca se desconecta, ni apaga su teléfono. ¡Hasta pensé que tal vez el celular se le pudo caer cuando se subió al camión o la urban en

Caleta mientras se venía a Mina. ¿No? Le pregunté a Daniela. ¿No se le pudo haber caído o se le descompuso y por eso se va a buzón? Como quiera, aquí tiene que llegar para decirme que lo va a llevar a que se lo arreglen.

Recuerdo que a mediodía le volví a marcar a mi marido y le pedí que fuera por mí. ¡Ya ven por mí, ya me quiero ir! Y mientras iba por mí le marqué a mi suegra y le pregunté si había visto llegar a mi hijo, pero dijo que no pero que sí lo había visto irse temprano. ¿Y qué ropa llevaba? Le pregunté. Y me dijo que vestía una playera blanca con franjas rojas, short negro y sus tenis. Ah, O.K, suegra, si lo ve llegar dígame que me marque por favor y colgamos.

Y como siempre, mi marido tardó en llegar al puesto por mí, cuando llegó me dijo que fuéramos al mercado, le dije que sí, pero en el transcurso yo no dejaba de marcarle a mi hijo o a mi familia para ver si sabían algo, pero nadie sabía nada. Estaba yo desesperada y me daba cuenta de que el mundo era muy extenso y que yo era como una hormiga para poder encontrarlo o saber dónde estaba.

Yo tenía muchas ganas de llegar a mi casa y encontrarlo dormido -donde lo dejé temprano- pero cuando entré a su cuarto, nada más vi su cama desarreglada. No sé por qué, pero al verla así, me entró esperanza y volví a pensar en la posibilidad de que se había ido a algún partido sin permiso porque ya una vez se había ido sin permiso a un partido hasta la colonia Colosio porque, aunque le dije que estaba lejos, se fue; y eso esperaba yo, que regresara y regañarlo porque se había ido sin permiso. Luego fui al baño y vi en el piso la mochila que se llevaba al fútbol, con sus tenis adentro y su uniforme y sentí que el mundo se me venía encima. Me sentí miserable y comencé a llamarle de nuevo y de nuevo me mandaba a buzón su teléfono. Entonces se me ocurrió enviar un mensaje a Facebook, y le escribí: Christopher, te estoy buscando. ¿Dónde estás? Pero nada. Así se hizo de tarde.

También pensé que podría estar con Yoni jugando Xbox pero de pronto escuché un grito afuera de la casa. ¡Cristo! gritaron y me asomé rápido y era precisamente Yoni que lo buscaba para que se fueran a entrenar a la cancha. Me tembló el cuerpo, cada suposición mía, cada esperanza se me caía. Le grité a Yoni que no se fuera, que quería hablar con él. No pude, antes de llegar hasta donde él estaba, yo ya estaba desbordando el llanto. Antes de decir nada, me encontré a mi papá. Me sorprendí al verlo. Me dijo tu hermana que no encuentras a Cristo, me dijo él. No papá, no sé dónde está, pero a

lo mejor ya ahorita llega. Le dije eso porque no quería angustiarlo y seguí mi camino para hablar con Yoni.

¡Yoni, no encuentro a Christopher desde la mañana! Yoni se sorprendió y me dijo que me calmara, que seguro llegaba. Sí, le dije tratando de calmarme. ¿A ti no te ha llamado? No, doña, dijo Yoni. Quedamos de vernos aquí a las cuatro para ir a entrenar. A lo mejor se adelantó a la cancha. Me dijo. Sí, ¿verdad? contesté. Vamos a la cancha a buscarlo, le dije. Yoni dijo que sí.

Para ese momento me di cuenta de que toda mi familia ya estaba alarmada. La familia de mi esposo también. Me estaban entrando llamadas por todos lados. Me llamaban amigas que nunca lo hacían. Me quería volver loca, yo solo quería que me llamara mi hijo.

¿Ya encontraste al niño? me preguntó mi mamá por teléfono. No, todavía no, ahora voy con Yoni a buscarlo a la cancha. Pero a dónde fue, me preguntó. No sé mami, no sé. Yo me quedé esperando a que llegara al puesto después de que me marcó. Estoy desesperada, mami, ya no sé qué hacer, no sé dónde está. Estoy en agonía, siento que ya es tarde, ya va a oscurecer y no sé nada de él, mami, no lo encuentro. Y yo lloraba mientras se lo decía y mi mamá me pedía que me calmara, que estaba segura de que iba a aparecer y yo traté de calmarme y le dije que sí, que sí, que lo íbamos a encontrar y le dije a Yoni que nos fuéramos; y mi marido me preguntó que a dónde iba y le expliqué y me dijo que él me llevaba y total que fuimos Yoni, mi papá, mi esposo y yo a buscar a Cristo a la cancha.

Pero en la cancha buscamos por todos lados y no estaba. Preguntamos a todos: niños, personas, gente que estuviera por ahí y nadie lo había visto y a mí me pasaban mil cosas por la cabeza y le pedía a dios que me ayudara, que no me abandonara, que donde fuera que estuviera Cris, que por favor me marcara, que llegara a la casa y que me llamaran para decirme que ya estaba ahí.

En la cancha casi todos lo conocían y todos se preocuparon conmigo, pero me daban ánimos: Señora, no se preocupe, a lo mejor ahorita llega, aquí siempre viene, a lo mejor ahorita lo encuentra. Ha de estar con otros amigos porque él se lleva con muchos chavos del fútbol. Sí, gracias, sí, les agradezco, si saben algo, me avisan por favor, o si lo ven le dicen que lo ando buscando, les dije y me fui para el carro con mi marido que me preguntó que ahora a dónde íbamos y yo le dije que a Caleta a ver si allá alguien lo vio o si sabían algo. Y de camino, lo mismo, yo le marcaba y le enviaba mensajes y cuando

no estaba al teléfono miraba por la calle con la esperanza de verlo, por ahí caminando. Y cuando llegamos a Caleta, lo mismo, que nadie sabía nada. Me entró mucha tristeza en mi ser y ya no pude dejar de llorar y le pedí a Dios que me guiara y que me mandara una señal de dónde podía estar Christopher.

De pronto mi marido me sacó de mis pensamientos con un grito, me dijo que me callara y que me calmara porque no ganaba nada con ponerme así. ¿A dónde vamos ahora? Me preguntó y yo ya no sabía nada, no sabía qué hacer hasta que recordé que había muchos retenes en las calles de Caleta porque era temporada de vacaciones de verano y se me ocurrió decirle que fuéramos para allá o a la fiscalía porque tal vez, tal vez, lo detuvieron los ministeriales y como él ya no se veía tan niño pues lo revisaron y se lo llevaron para que diéramos dinero para poder sacarlo. Mi marido no dijo nada, pero me hizo caso y fuimos a la fiscalía.

Cuando llegamos a la fiscalía preguntamos si nos dejaban ver a los detenidos. Yo sentía esperanza de verlo y que me dijera: mamá, me trajeron aquí por error. Pero a la vez pensaba, no, mi hijo no puede estar aquí, porque él no es un delincuente, ni anda mal vestido, ni tiene tatuajes, ni camina fachoso, ni tiene vicios y además nada más tiene su teléfono, porque ni dinero tiene, porque no le dejé dinero, solo como veinte o treinta pesos y que de seguro con eso había pagado su pasaje para Caleta. Pero daba igual, de todos modos, lo único que yo quería era verlo y que me lo entregaran. Aunque también le pedía a dios que me diera fuerza para enfrentar lo que viniera y seguí avanzando, haciéndome la fuerte, sacando fuerzas de quién sabe dónde, pero mi hijo no estaba en los separos. Mi marido y yo salimos de la fiscalía sin saber qué más hacer, pero antes de subirnos al coche, nos abordó un hombre y nos preguntó a quién buscábamos y sin saber contestar, mi esposo y yo nos quedamos callados unos segundos hasta que le dije: A mi hijo, ¿Por qué, cómo es? preguntó el hombre. ¿Por qué? insistí. Porque arriba hay más personas y si no lo encontraron ahí dentro, a lo mejor está allá arriba. ¿Desde cuándo no lo encuentran? Le contesté que desde la mañana. Entonces él dijo que habían llevado a algunos hacía un rato y mi marido y yo hicimos caso y fuimos para arriba. ¿Qué es allá arriba? Pregunté y mi marido me dijo que era lo mismo, pero que mejor yo lo esperara, que él iba rápido y le dije que sí, que lo esperaba porque yo no creía que estuviera ahí.

Mi marido se fue con el hombre, y me quedé en la calle con Yoni y mi papá, esperando a que mi marido saliera, mientras yo insistía en llamarle al teléfono. Me acuerdo también de Yoni que también se le veía triste y angustiado, igual que mi papá y yo. Estuvimos así más de una hora, mirando al cielo, viendo cómo se hacía de noche y empezábamos a sentir el frío, hasta que vi salir a mi marido. Lo vi sereno y tranquilo y le hice señas de que se apurara. Él caminaba normal y venía platicando con ese hombre a un lado, cuando ya estaba frente a nosotros le pregunté qué había pasado, por qué había tardado tanto. ¿Estaba ahí Christopher? Y me respondió que no, que no estaba ahí. Entonces le dije que nos fuéramos, pero él me interrumpió me dijo, no está arriba, está abajo. ¿Abajo? Le pregunté. ¿Cómo abajo? ¿Por qué está ahí? Entonces mi marido me dijo que tenía que ser fuerte porque Christopher, mi hijo, ya no estaba con nosotros, él está en SEMEFO. No, no, no, le dije. No me digas esto. ¿Te das cuenta de lo que me estás diciendo? Si esto es verdad mi vida ya no tiene sentido. ¡Estás loco! Y mi esposo me trató de calmar y me dijo amor, lo siento, y quiso abrazarme y yo lo rechacé y voltee a ver a Yoni, y le dije: Yoni, que dice mi marido que Christopher está en SEMEFO, está loco, ¿verdad? Yoni, ¿Verdad que él no está ahí? ¡vámonos a buscarlo a otro lado! Pero Yoni ya estaba llorando y mi padre también y se me acercó y me dijo que tenía que ser fuerte. ¿Qué pasó? Pregunté aferrada a creer que era una mentira. ¿Qué pasó, cómo fue que lo trajeron aquí; por qué dices que está ahí, ese hombre cómo sabe que es él? ¡Si ni lo conoce! Pero mi marido me respondió serio que él había visto a mi hijo, que había visto su ropa, su playera blanca con rojo y u short negro. Y volví a negarme: ¡Estás loco, a ver, llévame a ver si es cierto! Y me dijo que el hombre tenía fotos y yo me acerqué a él y le grité que por qué decía que mi hijo estaba ahí, si mi hijo no era un delincuente, ni era una persona mala. ¡Mi hijo estudia y es de familia! El hombre nada más me respondió que él ahí trabajaba y solo hacía su trabajo y que mi esposo había reconocido el cuerpo de mi hijo. ¡No, pero él no sabe nada, llévame a mí, yo quiero verlo, quiero ver si es él! Y el señor me dijo que no era recomendable. Lo que usted va a ver es muy fuerte. Insistí y me dijo que solo si alguien me acompañaba. ¿Por qué son fuertes, por qué las fotos son fuertes? ¿Qué pasó, qué le hicieron? Además, si son solo fotos, a lo mejor no es él. Pero mi marido intervino: ¡Que sí es él, porque la ropa coincide! Pero ¿qué ropa es, qué ropa tiene mi hijo? Y el hombre constató que era la playera blanca con franjas tipo polo y el short

negro, los tenis negros y unas pulseras en la mano. ¿Y cómo son las pulseras? Pues una café de hilo de seda tejida con bolitas doradas y unas de plástico con frases. Sí era.

Pero para mí era como si todo fuera un sueño, no lo podía creer. Por eso, cuando me habló mi hermana yo le dije que estaba en la fiscalía y cuando me preguntó si sabíamos algo, todavía seguía sin darle razón a mi marido y le dije que eso era lo que decía él, que, aunque dijera que estaba en SEMEFO yo pensaba que estaba loco, yo creo que no es Christopher, insistí. Entonces ella me dijo que la esperaríamos y que llegaba con mi mamá.

Mi papá y mi esposo seguían hablando con el hombre aquel, que decía que a mi hijo lo habían desmembrado y que por eso no era recomendable que yo lo viera. ¿Qué le hicieron? le pregunté. Y él se dirigió a mi esposo y le preguntó si no me habían explicado. ¿Pero a qué hora fue eso?, ¿dónde fue? ¿A qué hora lo trajeron aquí? El hombre me respondió que como a la una de la tarde lo habían llevado después de encontrarlo en la calle Artículo veintisiete. Ya no sabía qué pensar, solo recuerdo que vi a mi hermana y a mi mamá y ellas lloraban y yo les decía que no, que no llorarán, que mi esposo estaba loco, que fuéramos a ver para constatar que no era verdad.

También llegó mi hermano con su esposa y lo mismo, que qué había pasado, que no podía ser, que cómo al Negro, mi hijo. Y yo, sin llorar, que no, que había un error, que yo necesitaba ver, que no creía nada. Y me agarré de mi familia y le pedimos al hombre que me dejara entrar y él dijo que sí pero que yo tenía que estar acompañada. Y así íbamos: mi hermana, mi hermano, mi mamá y yo, abrazados, caminando juntos para entrar a donde había entrado mi esposo, pero ya casi al entrar me detuve y dije que no, que no podía entrar, y mi mamá me abrazó y mis hermanos siguieron. No quieres ver, ¿verdad? Me preguntó mi mamá y yo le dije con la cabeza que no, que yo ahí los esperaba. Y me quedé con mi mamá que se preocupó porque decía que yo tenía calentura, que me veía enferma. Pero yo negaba, estaba como suspendida en el tiempo, esperando noticias. Y así fue como vi que mis hermanos regresaron con sus caras tristes buscando abrazarnos y llorando y confirmando que sí era mi hijo. Sí es él. manita, ya lo vimos. ¿Qué vieron, lo vieron a él? Y mi hermana dijo que sí, que lo conoció luego, luego por sus manos y por sus pies y que traía su pulserita. Ahí estaba mi hijo.

Yo nada más sentía cómo mi cuerpo estaba caliente y se me hacía dolor de pensar que todo había acabado, que nunca más volvería



a verlo, escucharlo. Que nunca más volvería a verlo reír, ni jugar en la cancha, ni lo abrazaría. Y que cuando llegara a la casa, yo iba a ver su cuarto sin él, ahí, vacío, con la ropa tirada, y sus zapatos vacíos, y su cama vacía y fría y sin él.

Y nos pusimos a caminar, ahí en la calle y luego nos sentamos en la banqueta, debajo de un árbol de mango. Mi marido y mis hermanos y mi papá estaban viendo cómo hacer los trámites y poco a poco empezó a llegar más familia: un tío, luego una prima con su esposo, otro primo, otro tío y así todos llegaban a apoyarme, a estar conmigo en ese momento. Llegaron sus abuelos de mi hijo, su abuela también estaba muy mal, lloraba desesperada. Yo trataba de hacerme la fuerte, pero no pude más y rompí en llanto, con gritos de dolor y desesperación gritándole a mi hijo: ¡Te estoy buscando, dónde estás Christopher, contéstame! ¡Por qué no me contestas el celular, tú nunca lo apagas! ¡Dime que no eres tú, Christopher, por qué te hicieron esto si tú no le hacías daño a nadie!, ¡por qué, por qué si tú estudias, si tú juegas al fútbol!, ¡Malditos, desgraciados! ¡Por qué le hicieron eso a mi hijo, qué les hizo, por qué no me dijeron nada, por qué no me llamaron si querían dinero, por qué? ¡Malditos desgraciados, si yo trabajaba para él, para sus hermanos, para sacarlos adelante, para que no les faltara nada!, ¡Mi hijo me ayudaba a trabajar, yo trabajaba para él, porque él era el más grande! ¡Él era mi adrenalina, él era mi adrenalina! ¡Ya no quiero nada, ya no quiero vivir, me quiero morir, me quiero ir con él, por qué, por qué señor, por qué lo desprotegeste si yo te lo encargaba! Yo gritaba eso y gritaba más y no sé si todo se escuchaba o solo lo pensaba. Y cuando escuché a mis hermanos decir que ya se lo llevaban para prepararlo, yo me levanté y empecé a gritarle de nuevo: ¡Christopher, Christopher, te estoy buscando, vámonos a la casa, salté de ahí, por qué? ¿Por qué le hicieron eso, por qué? Christopher si tú no te metes con nadie. Pero se lo llevaron y a mí también para que lo esperáramos en la casa.

Ya en mi casa, con mi mamá a mi lado, fui directo a su cuarto. Quería morirme para que acabara ese sufrimiento. Escuché que dijeron que llegaría a las dos de la mañana. Yo no supe nada de los trámites. Mis hermanos y mi papá se encargaron de todo mientras mi mamá me cuidaba. Mis otros dos hijos, Sebastián y Ximena, estaban con mis cuñadas. Yo no podía dejar de llorar mientras abrazaba y olía la ropa de mi hijo. Ahí estaba su olor y sentía que lo estaba abrazando. Luego mi hermana entró al cuarto y me pidió ropa para poder vestirlo para su funeral. Yo le escogí un pantalón de mezclilla y una camisa de manga

azul larga, color azul cielo y se la planché mientras empezaron a llegar personas a la casa. Una amiga me dijo que si me ayudaba a planchar la ropa, pero yo no quise, yo quería hacerlo. Después de entregarla solo esperé, solo me interesaba esperar a mi hijo.

Y así fue, llegó a las dos de la mañana y me levanté rápido, me asomé a la ventana y por fin vi llegar a mi hijo a su casa, pero sin vida.

Lo que me sorprendió fue ver a tanta gente reunida: estaban sus amigos del futbol, del bachilleres, sus amigas, sus compañeras de la escuela, nuestra familia, los vecinos, gente mayor que nunca imaginé ver ahí. Y todos me decían que no lo podían creer: su hijo era buen muchacho, él no se metía con nadie, era respetuoso y educado, tenía mucha humildad, no era envidioso, ni egoísta. Una señora me dijo también: era mi cliente, me compraba mango con chile. Su niño no era grosero, al contrario, les decía a los chamacos que no dijera groserías. Era mi cliente, me compraba picadas. Y así, lo mismo la señora del agua fresca, la señora de los dulces, los entrenadores de futbol y sus esposas que me decían que me acompañaban en mi dolor.

Luego llegó Axel, uno de sus mejores amigos, desesperado, lloraba mucho. Y también llegó Pili, luego Yoni con su mamá y también Juan, otro gran amigo; hasta que la cuadra se llenó de gente y a mi hijo lo adornaron con muchas flores blancas. Sentí mucho cariño entre tanto dolor que no estaba consciente del tiempo, cuando vi que el sol ya estaba iluminado, volví a sentir mucha desesperación porque ahora sí tendría que despedirme de él para siempre. Sabía que no volvería a verlo nunca más. Que todo había terminado y que por más que llorara o gritara él no se iba a despertar. No volvería a decirme mamá.

Para las cuatro de la tarde lo llevamos a despedirlo en la cancha de futbol y luego al panteón. Los amigos del futbol le gritaban que lo amaban. ¡Te vamos a extrañar Cristo! ¡Siempre vamos a recordarte! Y así, lo mismo en el panteón hasta que lo sepultamos.

Cuando volvimos a la casa me di cuenta de que cuando mataron a mi hijo, también me mataron a mí.